

**ITINERARIO
FAMILIA TERESIANA
DE ENRIQUE DE OSSÓ**



*Familia Teresiana
de Enrique de Ossó*

FAMILIA TERESIANA DE ENRIQUE DE OSSÓ ITINERARIO

FAMILIA TERESIANA EN MESA COMPARTIDA

Jesucristo, nos dice lleno de amor, de dignación, de compasión y de ternura: Venid a Mí todos los que andáis trabajados y Yo os consolaré, os confortaré; venid a Mí todos y aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso, paz para vuestras almas. Venid todos, y aprended de Mí a ser felices... Y ¿quién hay que no haya oído resonar, no una, sino muchas veces, esta voz amiga, voz de Padre y Dios en su corazón? Todos debéis venir a Mí, dice Jesús. (Enrique de Ossó, Un mes en la escuela del Sagrado Corazón, p. 94)



PREPARAMOS LA MESA

Comenzamos de pie alrededor de una mesa, si es posible, redonda.

Animador/a:

La mesa compartida es don. Jesús nos llama sin mérito propio, pero también se construye con nuestro esfuerzo y compromiso cotidianamente...es, por tanto, don y tarea.

Nos preguntamos:

- Al situarme como parte de la Familia Teresiana de Enrique de Ossó, ¿qué me sugiere pensar en “la mesa compartida”?

Lector/a 1:

Tu poder multiplica la eficacia del hombre
y crece cada día, entre sus manos, la obra de tus manos. (ponemos el mantel)

Todos/as: Ojalá que volvamos a mirar nuestras manos y descubramos que su poder es lo que multiplica la eficacia del ser humano.

Lector/a 2:

Nos señalaste un trozo de tu viña
y nos dijiste: Vengan a trabajar. (ponemos una jarra de agua)

Todos/as: Él nos ha señalado un trozo de su viña y nos dijo “Vengan a trabajar. Preguntémosle ¿Cuál es ese trozo de su viña que en un momento nos mostró y que lo hemos abandonado o no lo hemos acogido, por tener la mirada en otro lado?

Lector/a 3:

Nos mostraste una mesa vacía
y nos dijiste: Llénenla de pan (ponemos una cesta con pan)

Todos/as: Nos mostró una mesa vacía y nos dijo llénenla de pan. ¡Qué grande es tu amor y tu paciencia para con nosotros que no retiras tu confianza y no te desdices de lo que anteriormente nos has hecho ver! La mesa vacía, y nos has dicho llénala de pan. Nos dejas ver la necesidad, pero también nos das el pan de cada día para llenarla de pan. Cuántos momentos hemos dejado Señor esa mesa vacía por nuestra incredulidad, pero gracias porque es verdad que nadie pondrá lo que estamos llamados a poner cada uno, y porque nos devuelves la vista para mirar lo que tú miras con responsabilidad. Señor que nunca se vuelva a quedar la mesa vacía por hacer caso a nuestras propias penas, que nos dediquemos a nuestra misión de evangelizadores.

Lector/a 4:

Nos presentaste un campo de batalla
y nos dijiste: Construyan la paz

Nos sentamos alrededor de la mesa.

Todos/as: A veces nos quejamos de los campos de batallas que vemos a diario desde nuestra falta de fe, porque nos falta sintonizar más contigo, y queremos que se solucionen las cosas, exigimos a los demás que cambien, etc. Cuando tú nos dejas ver esos campos de batalla y nos has invitado a tomar partido, a ver la posibilidad que cada uno tenemos de construir la paz, ser constructores de paz. Que volvamos a tomar conciencia de lo que nos muestras y a lo que nos estás invitando con lo que vemos.

Lector/a 5:

Nos sacaste al desierto con el alba
y nos dijiste: Levanten la ciudad

Todos/as: Y aquí estamos Señor. Hemos pasado por el desierto, por esa experiencia árida de purificación, de aceptación de lo que somos realmente y de que sin ti no podemos nada! Gracias Señor por decirnos nuevamente: ¡Levanten la ciudad! Pusiste una herramienta en nuestras manos y nos dijiste: es tiempo de crear.

(Cfr. Himno del Libro de Horas, pp. 856 - 857)

NOS ALIMENTAMOS DE LA PALABRA DE DIOS

Pueden escoger uno o dos textos para orar con ellos.

Mc 3, 13-18 ⇒ “Llamó a los que Él quiso”

Mt 8,11 ⇒ “Les aseguro que vendrán muchos de oriente y de occidente a sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de Dios”



Lc 22,29-30 ⇒ “Yo preparo a favor de ustedes, como dispuso a mi favor mi Padre, un reino para que coman y beban a mi mesa en mi reino”

Is 58,5-12 ⇒ El ayuno que yo quiero es éste

Lc 14,2-14 ⇒ Cuando alguien te invite a una boda, no ocupes el primer puesto

Lc. 15, 11-32 ⇒ Pero el Hijo no quiso entrar

Lc 7,1-39. 44-50 ⇒ Jesús entró en casa del fariseo y se recostó a la mesa.

Jn 12,1-8 ⇒ Le ofrecieron un banquete.

Mt. 20, 1-16 ⇒ Llamó a los viñadores.

Mt 25, 14-19 ⇒ Recibieron talentos.

Mt 9,9-13 ⇒ Vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado ante la mesa de los impuestos.

Le dice:- Sígueme



NOS ALIMENTAMOS DE NUESTROS MAESTROS

PALABRA DE TERESA DE JESÚS

“ ...porque decir a un regalado y rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacaré mil razones para no entender esto, sino a su propósito; pues decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para su prójimo como para sí, no lo puede poner a paciencia ni basta razón para que lo entienda; pues decir a un religioso que está mostrando a libertad y a regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo y que mire que ya no son solas palabras con las que ha de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere; no hay remedio aun ahora de quererlo algunos, ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso? No hubiera sino muy poquitos que cumplieran esta palabra que por nosotros dijo al Padre, de «fiat voluntas tua».

Pues visto el buen Jesús la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene, y en su nombre y en el de sus hermanos pidió esta petición: «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor». Entendamos, hermanas, por amor de Dios, esto que pide nuestro buen Maestro, que nos va la vida en no pasar de corrida por ello, y tened en muy poco lo que habéis dado pues tanto habéis de recibir.

¡Oh Señor eterno! ¿Cómo aceptáis tal petición? ¿Cómo lo consentís? No miréis su amor, que a truco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa. ¿Porque calla a todo y no sabe hablar por sí sino por nosotros? Pues ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero?

Y así le dice su Hijo que, pues no es más de un día, se le deje ya pasar en servidumbre; que pues Su Majestad ya nos le dio y envió al mundo por sola su voluntad, que El quiere ahora por la suya propia no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos y pena de sus enemigos; que no pide más de «hoy», ahora nuevamente; que el habernos dado este pan sacratísimo para siempre, cierto lo tenemos. Su Majestad nos le dio -como he dicho- este mantenimiento y maná de la Humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a gustar de los suyos.

Pedid vosotras, hijas, con este Señor al Padre que os deje «hoy» a vuestro Esposo, que no os veáis en este mundo sin El; que baste, para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte y que os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajéis y ganéis de comer. Mas con el cuidado no curéis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procuréis sustentaros, y descanse el alma. Dejad ese cuidado -como largamente queda dicho- a vuestro Esposo, que Él le tendrá siempre.” (Selección de Camino de Perfección 33)

PALABRA DE ENRIQUE

Jesucristo, nos dice lleno de amor, de dignación, de compasión y de ternura: Venid a Mí todos los que andáis trabajados y Yo os consolaré, os confortaré; venid a Mí todos y aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso, paz para vuestras almas. Venid todos, y aprended de Mí a ser felices... Y ¿quién hay que no haya oído resonar, no una, sino muchas veces, esta voz amiga, voz de Padre y Dios en su corazón? Todos debéis venir a Mí, dice Jesús, y cuanto más miserables más derecho tenéis a ser recibidos, a ser escuchados, a ser remediados; porque Yo soy el Padre de los pobres, y os he llamado para socorridos; pero venid con confianza de hallar remedio a todos vuestros males, porque Yo soy la fuente de todo bien; venid con presteza, porque mi Corazón lo ansía, y deseo más haceros bien que vosotros recibirlo. Venid, pues, corazones de los cristianos, y vayamos, vayamos al Corazón de Jesús todos, todos. Ni uno sólo rehuse tan divina invitación, porque contristaría a tan noble y divino Corazón, al Corazón del Rey de cielos y tierra. Vayamos los pecadores al Corazón de Jesús para hallar el perdón: vayan las almas justas para santificarse más. Vayan los niños y almas inocentes para conservar su pureza. Vayamos, en fin, todos al Corazón de Jesús: grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos, porque a todos nos llama el buen Jesús con infinito amor. Y Tú, Corazón amantísimo de Jesús, recíbenos a todos, pues a todos nos has llamado. Súfrenos a todos, porque a todos nos has redimido, y haznos dignos de escuchar tus lecciones y aprender tu doctrina e imitar tus virtudes, y de vivir y morir abrasados en tu amor. Amén.” (E. de Ossó, *Un mes en la escuela del Sagrado Corazón*, pp. 94 - 95)

¿Qué norma, qué leyes observa Jesucristo en su trato y conversación con los hombres?
¿Con quién trataba? Con todos y con preferencia con los pobres, sencillos y humildes, sin ninguna acepción de personas. ¿De qué hablaba? Del reino de Dios y de su justicia. ¿De qué modo? Con paciencia, mansedumbre y caridad sobrellevaba los defectos del prójimo, los corregía con benignidad, con ánimo igual y constante... ¿Con qué modestia, afabilidad y dulzura

atraía a todos los corazones y los ganaba para Dios! (E. De Ossó, *Cuarto de hora de Oración*. Sexta Semana. Meditación 36, 2).

“Considera la conducta de Cristo Jesús con el prójimo, e imítale. Dos virtudes sobresalen en todas las acciones de nuestro divino Salvador, Cristo Jesús, la humildad y la mansedumbre o caridad; por eso nos clama: aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón. Mira cómo sus conversaciones eran raras, cortas y todas atentas, corteses y espirituales; prefiere siempre el silencio, la oración, la soledad, al bullicio y trato con las gentes, si la necesidad no le obliga a ello.

Tres clases de personas distingue en su trato. Los inocentes, los sencillos, los pobres, los pecadores convertidos, y los pecadores endurecidos o hipócritas:

A los inocentes, como a los niños, los abraza, los acaricia, los bendice, los regala. Dejad, dice, que vengan a mí estos niños, y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos; y amenaza con penas eternas a los que los escandalicen. A San Juan, el más joven e inocente de los discípulos, llámale el discípulo amado, y lo deja reclinar sobre su pecho en la última cena, y le descubre los secretos de su corazón y del porvenir, y le confía el cuidado de su Santísima Madre.

A los pobres evangeliza, a los ignorantes y al pueblo acoge con bondad marcada y especial predilección. Jamás echó en cara a los pecadores arrepentidos sus pecados: al contrario los distinguió con muestras especiales de amor de predilección. Testigo Pedro perjuro, a quien nombra su Vicario y lugarteniente en la Iglesia. Testigo Zaqueo, con quien se convida a comer en su casa; testigo Mateo el publicano, llamado al apostolado; testigos la Samaritana, la mujer adúltera, a quienes perdona; testigo sobre todos la Magdalena pecadora a la cual admite a su compañía, la defiende de sus acusadores, la admite al pie de la Cruz y es de las primeras a quienes se aparece después de resucitado.

¿Quién no se animará con este ejemplo y pondrá especial cariño en los parvulitos y pequeñuelos, que son las almas inocentes más amadas de Cristo? ¿Quién no buscará contentar a Cristo trayendo a sus pies a muchas almas convertidas? ¿Quién se desdeñará del trato y comunicación con los sencillos, los pobres, los rudos del pueblo, viendo a Cristo cómo les distingue, y les prefiere en su amor?” (E. de Ossó, *Ejercicios Espirituales*. Segunda Semana. Día 9. Meditación 1, 1)



HACEMOS ESPACIO EN NUESTRA MESA PARA OTRAS PALABRAS

- Lee los textos.
- Subraya las frases que te interpelan.
- Comparte.

MI CUERPO ES COMIDA

Pedro Casaldáliga

Mis manos, esas manos y Tus manos
hacemos este Gesto, compartida la
mesa y el destino, como hermanos.
Las vidas en Tu muerte y en Tu vida.

Unidos en el pan los muchos granos, iremos
aprendiendo a ser la unida Ciudad de Dios,
Ciudad de los humanos.
Comiéndote sabremos ser comida,

El vino de sus venas nos provoca. El pan
que ellos no tienen nos convoca a ser
Contigo el pan de cada día.

Llamados por la luz de Tu memoria, marchamos
hacia el Reino haciendo Historia, fraterna y
subversiva Eucaristía.

En el libro del Génesis, leemos que Dios creó al hombre, *varón y hembra*, y los bendijo, para que crecieran y se multiplicaran (cf. 1,27-28): Hizo que Adán y Eva fueran padres, los cuales, cumpliendo la bendición de Dios de ser fecundos y multiplicarse, concibieron la primera *fraternidad*, la de Caín y Abel. Caín y Abel eran hermanos, porque vienen del mismo vientre, y por lo tanto tienen el mismo origen, naturaleza y dignidad de sus padres, creados a imagen y semejanza de Dios. Pero la *fraternidad* expresa también la multiplicidad y diferencia que hay entre los hermanos, si bien unidos por el nacimiento y por la misma naturaleza y dignidad. Como *hermanos y hermanas*, todas las personas están por naturaleza relacionadas con las demás, de las que se diferencian pero con las que comparten el mismo origen, naturaleza y dignidad. Gracias a ello la *fraternidad* crea la red de relaciones fundamentales para la construcción de la familia humana creada por Dios.

No se llega a ser cristiano, hijo del Padre y hermano en Cristo, por una disposición divina autoritativa, sin el concurso de la libertad personal, es decir, sin convertirse *libremente* a Cristo. El ser hijo de Dios responde al imperativo de la conversión: «Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*Hch* 2,38). Todos los que respondieron con la fe y la vida a esta predicación de Pedro entraron en la *fraternidad* de la primera comunidad cristiana (cf. *1 P* 2,17; *Hch* 1,15.16; 6,3; 15,23): judíos y griegos, esclavos y hombres libres (cf. *1 Co* 12,13; *Ga* 3,28), cuya diversidad de origen y condición social no disminuye la dignidad de cada uno, ni excluye a nadie de la pertenencia al Pueblo de Dios. Por ello, la comunidad cristiana es el lugar de la comunión vivida en el amor entre los hermanos (cf. *Rm* 12,10; *1 Ts* 4,9; *Hb* 13,1; *1 P* 1,22; *2 P* 1,7)” (Papa Francisco, Mensaje del 1 de enero de 2015)

Sorprende que Jesús haya querido dejar a su Iglesia, como acto central por el que quiere ser recordado, el acto humano de la comida. ¿Por qué la comida y no el ayuno? Porque parece que, según la mentalidad corriente en la época de Jesús, el ayuno acercaba más a Dios que la comida. Pero lo que caracteriza el tiempo de Jesús, no es el ayuno, sino la fiesta por la presencia del esposo (*Mc* 2,18-22). La comida compartida expresa mejor la novedad de ese tiempo, porque

la comida es un sacramento y el Señor hace suya esa realidad humana del comer para expresar el sueño por el que dio la vida. El memorial del Señor está asociado a la comida y no al ayuno, porque se revela un Dios diferente: el Dios de la vida que desea la vida del hombre. Jesús pone en cuestión las normas que rigen los banquetes y las relaciones de patronazgo. Un patrón invita a los de su propia casa o a los de su estirpe o clientes amigos y a personas influyentes, vecinos ricos. Estas gentes o devuelven la invitación o alaban y pregonan las excelencias del anfitrión. El banquete se rige por una reciprocidad equilibrada: se ofrece calculando recibir ventajas equivalentes. Banquetes de carácter cerrado y excluyente, fortalecen la solidaridad interna del grupo, buscan reafirmar la identidad del grupo y marcar las fronteras con los de fuera. La aceptación del Dios de Jesús desencadena una nueva forma de actuar que conmociona y subvierte los valores establecidos socialmente. (M. Díaz Mateos)

En la última cena, lo mismo que en Lc 14, 7-11, donde los invitados disputan por los lugares de honor, se da el mismo comportamiento de los discípulos, imbuidos de la ideología dominante en el mundo. Jesús no dice solamente que elijan el último puesto en la mesa, sino que ocupen el lugar del servidor, ellos que son los líderes de la comunidad. La comunidad cristiana no es cerrada y excluyente, sino abierta e inclusiva. En ella y en torno a la mesa, se congregan gentes de procedencias sociales muy diversas y esto crea dificultades muy serias para los ricos y los socialmente honorables. Participar en la comunidad cristiana implica romper con los valores establecidos, pertenecer a ella no contribuía a incrementar el prestigio y el honor, sino todo lo contrario. (R. Aguirre)

Juan, preocupado porque el único rito de la comunidad fuera celebrar la vida, en lugar del relato de los gestos de Jesús con el pan y la copa, pone el lavatorio de los pies como el gesto más significativo de la Cena. El que había servido a todos a lo largo de su vida, siguió fiel a ese servicio hasta la muerte para que los discípulos vivan lo mismo que él: *“Si yo les he lavado los pies, también deben lavarse los pies unos a otros, porque les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho”* (Jn 13,14-15). Los discípulos fueron descubriendo que Jesús, en la Cena, celebró lo que había estado viviendo y lo que estaba dispuesto a vivir por el amor del Padre y de los hombres: su ser entregado por la vida del mundo – *“El pan que voy a dar es mi carne para que el mundo viva”* (Jn 6,51). Cayeron en la cuenta de que, quien no entraba por la dinámica del servicio al hermano, *“no tenía parte con El”* (Jn 13,8). Y, al fin, aprendieron que hacer lo mismo que El, no consistía en repetir materialmente los gestos de la Cena, sino en asimilar su vida entregada, viviendo entregados a los demás. (J. Burgaleta)



NOS SENTAMOS A LA MESA CON JESÚS

Preparamos dos ambientes. Una mesa que invite a compartir el pan y el vino. Otra mesa en la que se ponga dinero, carteras, lo que simbolice posesión, listas de deudores...

Animador/a:

Relee la escena de la llamada a Leví, centrando tu atención en las dos mesas que aparecen e imaginando lo que hay en ellas. Junto a la primera, está un recaudador sentado y solo, y sobre ella están el dinero de la

recaudación y las listas de deudores. En la segunda hay también una mesa, pero esta vez, en lugar de dinero, hay alimentos y jarras de vino; en vez de un recaudador hay ya un discípulo, y en vez de estar solo, está junto a Jesús y rodeado de gente que celebra un encuentro.

Lector/a 1.

Al irse de allí, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió. Mientras Jesús estaba comiendo en la casa, acudieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron a comer con él y sus discípulos. Al ver esto, los fariseos dijeron a los discípulos: "¿Por qué vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?" Jesús, que había oído, respondió: "No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Id y aprended qué significa: *Yo quiero misericordia y no sacrificios*. Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores". (Mt 9,9 - 13)

Para acompañarte en la oración

Fija tu mirada en la mesa que simboliza las posesiones. Seguramente hay momentos en que te sientes dominada por el deseo de poseer, por la obsesión por las cosas. Recuerda qué tipo de sentimientos han acompañado esas situaciones. Pasa luego a la segunda mesa, siéntate junto a Jesús, ábrete a la alegría de saber que eres acogida por él tal como eres y de estar mezclada con aquellos que parecen excluidos y alejados. Siente que es aquí donde está tu verdadera vida, pide a Jesús que vuelva a llamarte a seguirlo cuanto te vea sentada en la otra mesa, la de las posesiones y la soledad.

Escuchamos las palabras del Papa Francisco:

Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud. « Dios es amor » (1 Jn 4,8.16), afirma por la primera y única vez en toda la Sagrada Escritura el evangelista Juan. Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión.

Jesús, ante la multitud de personas que lo seguían, viendo que estaban cansadas y extenuadas, pérdidas y sin guía, sintió desde lo profundo del corazón una intensa compasión por ellas (cfr Mt 9,36). A causa de este amor compasivo curó los enfermos que le presentaban (cfr Mt 14,14) y con pocos panes y peces calmó el hambre de grandes muchedumbres (cfr Mt 15,37). También la vocación de Mateo se coloca en el horizonte de la misericordia. Pasando delante del banco de los impuestos, los ojos de Jesús se posan sobre los de Mateo. Era una mirada cargada de misericordia que perdonaba los pecados de aquel hombre y, venciendo la resistencia de los otros discípulos, lo escoge a él, el pecador y publicano, para que sea uno de los Doce (...) En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias

del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquemoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad” (Papa Francisco, bula Misericordiae Vultus, 8 y 19, 11 de abril de 2015)

Presentación de Power Point: Comida por semana.

Para acompañar el silencio:

Cuando comencé a ejercer el oficio de publicano, sentía vergüenza y esquivaba el trato con los que antes habían sido mis amigos. Notaba sobre mí su desprecio y sus críticas, y me humillaba darme cuenta de que evitaban mi compañía; pero me decía a mí mismo que me importaba poco todo aquello, en comparación con el dinero fácil que estaba ganando.

Por aquel entonces hice amistad con Leví, otro recaudador de impuestos que vivía situaciones muy parecidas a las mías y, juntos, junto a una jarra de vino, simulábamos reírnos del vacío que sentíamos a nuestro alrededor, aunque nuestras burlas no conseguían esconder nuestra amargura, ni disimular cuánto nos hería sentirnos tratados así.

Hacía mucho que no veía a Leví, cuando un día vino a buscarme dando muestras de agitación y de una intensa emoción, y se puso a contarme, entrecortadamente, su encuentro con un tal Jesús de Nazaret:

“Desde que le conocí, me dijo, me di cuenta de que **él era distinto de los demás, de que para él no contaba ni una sola de las distinciones que crean clasificaciones y separaciones entre nosotros. Y lo supe cuando vi que se sentaba a la mesa con todos:** mujeres junto a hombres, libres junto a esclavos, gente de altos cargos junto a los que todos miran como inferiores, personas de reconocida pureza según los ritos de nuestro pueblo, al lado de impuros como nosotros, gente respetada junto a muertos de hambre.

Ayer estaba yo sentado, como de costumbre, detrás de mi mesa, repasando mi lista de la gente que hacía cola delante de mí para pagar, cuando, al levantar los ojos para atender al siguiente, vi que era él quien estaba allí parado, mirándome. No puedo explicarte lo que sentí, **era como si su sola presencia deshiciera barreras y derritiera distancias.** Esperaba que me dirigiera una sarta de reproches por colaboracionista y explotador pero, en lugar de eso, escuché con asombro: - Leví, me haces falta ¿quieres venirte conmigo? ¡Irme con él! ¿Te das cuenta de la locura que supone? Me vas a decir que estoy trastornado, y seguramente no te falta razón, pero, por favor, ven tú mismo a conocerle; esta noche doy una cena en su honor, antes de liquidar mi negocio para seguirle.” Sin salir de mi estupor, acudí a aquella cena en la que nos reuníamos todos los amigos de Leví, es decir, lo peorcito de Jerusalén: recaudadores, prostitutas, soldados romanos, comerciantes de todas clases, cambistas, traficantes y más de alguno ya borracho antes de comenzar la cena.

Jesús participaba de la alegría general, que iba creciendo según circulaba el excelente vino que Leví había sacado de su bien surtida bodega. Pero algo sentíamos los comensales que nos embriagaba mucho más que aquel vino: estar allí, rodeando a Jesús, hacía caer el fardo del "personaje" que cada uno llevábamos a cuestas y empezábamos a experimentar la libertad de no estar atados a ninguna jerarquía social, religiosa ni económica, ni a normas de pureza o de legalidad. Era como si él estuviera convencido de que esa comunidad de mesa podía romper las

líneas divisorias que nos separaban a unos de otros, y su convicción nos contagiaba a todos la sensación de que algo absolutamente nuevo estaba comenzando. (...) Nos dimos cuenta de que estábamos ante otra manera de interpretar la vida, la ley, las tradiciones, la relación con Dios y el futuro de nuestro pueblo. Todo estaba cambiando vertiginosamente y el centro de la espiral era aquella mesa en la que un grupo de gente que nos creíamos perdidos, empezábamos a darnos cuenta de que habíamos sido encontrados. (Dolores Alexandre, Leví y sus amigos en *Relatos de la mesa compartida*)

Añadimos un cesto vacío y una vela que simboliza la presencia de Jesús. (Previamente se ha pedido a los participantes que lleven alimentos para compartir con algunas personas necesitadas)

En torno a la mesa, en silencio, partimos el pan y lo repartimos entre nosotros. Dejamos un trozo sin repartir. En él hacemos presentes a todos los pobres de nuestro mundo que apenas tienen acceso al pan. Cada uno nombra los pobres de su vida: vecinos, amigos, familiares, compañeros de trabajo, indigentes de su entorno.

Comemos juntos el pan y depositamos los alimentos que haremos llegar a alguien necesitado. Terminamos rezando juntos el Padrenuestro.

Cantamos: “Los incontables” (Aim Karem. A todos los pueblos, nº 5)
<https://www.youtube.com/watch?v=7nOrzRyQRDY>



SOMOS ENVIADOS/AS A COMPARTIR EL PAN E INVITAR A OTRAS/OS

Al finalizar esta experiencia, narramos lo que en nosotros/as ha ido aconteciendo. Lo enviamos a la comisión provincial de Familia Teresiana.

Como Familia teresiana

- ¿Cómo y con quiénes compartimos el banquete de nuestra vida?
- A quiénes sentamos a nuestra mesa: la de nuestro tiempo, nuestra amistad, nuestros bienes, nuestro interés...
- ¿A quiénes nos podríamos abrir?
- Soñamos modos concretos de encarnar lo que vivimos en cada Eucaristía: “comiéndote sabremos ser comida”.